

Tiempo de hormigas

Los chicos reían con carcajadas transparentes bajo el sol de la mañana. Jugaban a danzar en un corro en cuyo centro, de pie sobre un barril, el chico tonto balanceaba su torpe obesidad. Mantenía el equilibrio a duras penas. En su rostro había un intento de sonrisa, como si quisiera sumarse a la alegría de los demás, y esa mirada de terror que le saltaba de los ojos. Su boca emitía unos quejidos breves, agudos, que avivaban las risas de sus compañeros. Le habían puesto dos orejas de burro hechas de cartón. De la cintura le colgaron latas de conserva, vacías, que acompañaban cada movimiento suyo con un campanilleo tosco.

Más risas.

Entonces él trataba de bajarse, pero la gracia consistía en impedirle que escapara mientras, de cuando en cuando, uno de sus amigos se le acercaba por sorpresa desde donde él no lo esperaba. Le daba un empujón suave, no para botarlo sino para que se bamboleara un poco, y temiera perder el equilibrio, y gritara y se agitara, sacudiendo así los tarros. Alguno discurrió traer un palo de escoba y lo punzaba por detrás. Esta idea fue celebrada con júbilo por la pequeña ronda.

—¡Ale, ale! —coreaban—. Baila.

Otro juntó un puñado de guijarros y trataba de echarlos en las latas, probando su puntería.

—No, no —pedía el tonto.

Los niños remedaban con las suyas la voz bobalicona:

—No, no, no...

Volvían a reír. Sus carcajadas cascabeleaban en medio del candor de la mañana.

En eso llegó el abuelo del chico tonto.

—Ahí estás —jadeó.

Ellos miraron su bastón, de un tamaño enorme. Su gesto amenazante. Sin decir una palabra, comenzó a corretear al chiquillerío. Cambió el juego: ahora consistía en esquivar el bastón, o huir del viejo que los perseguía infructuosamente. Tenía un aspecto de Quijote, alto, flaco, el pelo blanco y una barba con punta, haciendo molinetes sin tocar a nadie. Se veía ridículo mientras aspeaba inútilmente en el medio del parque. La agitación lo hacía toser. Contaban que era asmático. A los niños les daba miedo la palabra. No sabían qué significaba.

—¡Bandidos!

Veía poco pero no usaba anteojos. En su rostro, lleno de arrugas, se destacaban los pómulos y la nariz algo aguileña. Su estatura, su delgadez, lo largo y recto de su cuello le daban un aire especial, que impresionaba a los chiquillos, aunque tampoco lo entendieran. Iba siempre con un libro en la mano. Cuando venía solo acá, a la plaza, caminaba distraído («en otro mundo», decían las niñeras), entre leyendo, pensando y quizá recordando.

Nadie podía explicar de dónde vino al barrio, con su hija pálida, distante, y su nieto torpe, y su estampa de señor anticuado.

Se acercó al barril.

—Niño.

Tosiendo y jadeando aún, le ayudó a bajar. Desde atrás de varios arbustos se escuchaban siseos y risas infantiles. El abuelo arrancó las orejas de cartón, y fue desatando una a una las latas. El chico tonto lo miraba hacer nada más. Un hilillo de saliva iba escurriéndose de su boca y bajaba, bajaba como una lombriz que brillara hasta llegar a la sucia camisa. Acezaba, él también.

—Ah —murmuró con un tono de alivio.

El abuelo le cogió la mano:

—Vamos —dijo con voz firme.

Se fueron. A los niños volvió a darles risa ver a los dos: el grande tan grande y tan flaco, derecho, con el paso firme; y el chico, tan chico y tan fofo, con su andar disparejo, una mano sujeta por la de su abuelo y la otra balanceándose igual que un badajo al compás de la marcha. Sonreía. Nadie podía explicarse por qué, pasara lo que le pasara, sonreía siempre. Lo último que le escucharon antes de alejarse fue la vaga palabra:

—Ah.

—Tiene voz de laucha, ¿se fijan?

El anciano y el nieto se detuvieron en el extremo opuesto de la plaza.

—¿A ver? ¿No te hicieron daño?

Se puso en cuclillas, lo sonó, recorrió con la vista la pobre figura que le sonreía.

—Te voy a comprar un helado.

—Ao —sonrió: también con los ojos ahora.

Siguieron. Como eco de sí mismo, el chico tonto repetía:

—Ao, ao.

Fueron en silencio hasta llegar a la esquina. Había poca gente. Al cruzar a la acera opuesta, el abuelo parecía haber olvidado el bastón. Le dejó de hacer falta. Caminaba erguido, con sus ojos miopes perdiéndose en quizá qué lontananzas. De cuando en cuando dejaba caer una frase que entendía él solo (o ni eso).

—Qué pequeños son. Qué cosas pequeñas.

Callaba.

—Ao.

—Sí, hijo: allá vamos.

—Ico ao.

Callaban. Al cabo de un trecho, la voz del abuelo volvía a escucharse:

—Ellos y sus padres. Tan bajos —de pronto una rabia intensa estalló en sus palabras—: No saben lo que hacen. No entienden. Dañan por instinto, como las hormigas. Ni siquiera sería posible culparlos.

El chico gimió al oír el tono de su voz, crispado.

—Eh —dijo el abuelo bajando de tono—, si no hablo de ti: hablo de ellos.

Mostró hacia su espalda y el chico le siguió la seña, y en un soplo dijo:

—No.

Lentos, los pasos de ambos repicaban sobre las baldosas disparejas de la acera. El ruido hacía eco al chocar contra los muros revestidos de cinc de las casas. Un viento tranquilo jugaba entre las hojas de los árboles. Caían algunas, cimbrándose, hasta el suelo. El niño las seguía con la vista.

—¿Te acuerdas? Acacias.

—Caía.

Llegaron donde el heladero. El abuelo pidió uno de chocolate

con crema. Lo tomó, se puso en cuclillas, le quitó el envoltorio y se lo pasó cuidadosamente a su nieto.

—Sujétalo bien —le ayudó a cogerlo.

El chico lamía y se untaba las mejillas. Parecía barro. Su abuelo esperó a que acabara y se agachó de nuevo, a limpiarle la boca.

—Sigamos.

Siguieron.

El abuelo marchaba ensimismado recorriendo el corto trecho que llevaba a su casa. Pensaba lo de siempre: qué sería del niño una vez que él se muriera. Tenía madre, sí: esa hija suya, frágil. Pero sin él, qué poco podría hacer ella. Hacía un rato, cuando descubrieron que el chico no estaba, la pobre no atinaba a moverse. Fue él quien salió a buscarlo («Tú, espera»). Ahora, desde la distancia, observó que había salido a buscar a su hijo. La oyó frente a una puerta abierta, inquiriendo:

—¿Lo han visto?

Al verlos venir pareció írsele el aire del cuerpo.

—¿Se había ido a la plaza? ¿Con quién?

—Con nadie —había una rabia profunda en su voz.

Mientras su hija servía el almuerzo del chico, el abuelo se dejó caer en un sillón. No quería pensar. Entonces, como una de esas pesadillas que se empecinan, reasomó en su recuerdo la historia que odiaba.

Hacía ocho años, su hija estaba de novia. Iba a casarse pronto. Vivía con él, viudo desde muy joven, junto al puerto. Los dos enamorados salían por las tardes a recorrer la interminable playa que parecía perderse en la distancia. Les gustaba pasar entre gaviotas, evitando espantarlas. O jugar a esquivar los bordes blancos de las olas cuando el flujo las hacía subir, bruscas, por la arena. O recoger conchas de almejas y medir con las que iban juntando la distancia que habían recorrido («¿Cuántas traes?». «Diez». «Nos queda un trecho»). Ella le contaba estas cosas al padre, y él sonreía. Era una niña abierta, entonces; sin ningún resquicio.

Un día, al verla volver del paseo, él notó en sus facciones una seriedad endurecida.

—¿Qué pasa?

—Nada —apenas salía su voz.

—¿Pelearon?

Negó con la cabeza. Le hurtaba el rostro.

—No puedes no decirme.

No podía decirle. Entonces observó que traía la ropa en desorden. La blusa rasgada, el pelo revuelto. Y qué modo de temblar sus manos. La hizo girar el rostro hacia él.

—Mírame.

Ella negó otra vez.

—Voy a acostarme —dijo.

Pasaron la noche en vela, cada cual en su cuarto. Él se levantó temprano y se instaló a esperarla sentado en una silla del comedor. Al cabo de un rato, o unas horas, ella entró, renuente. Su padre alzó la vista. La misma seriedad dura en los rasgos. No era dura hacia él, comprobó. Con el andar del tiempo descubriría que era una especie de dureza en sí. Su vida se había endurecido de pronto. A ella, tan comunicativa, le era casi imposible hablar. Lo miraba con cierto eco de afecto. Él suavizó la voz:

—¿Te atreves a contarme ya?

La historia fue saliendo a pedazos. Ese día pudo contar solo algunos; otro día otros; luego unos intervalos largos de silencio. Luego otros.

...Aquella tarde, ella y el novio iban caminando como siempre por la playa. El sol acababa de ponerse, y resolvieron volver antes de que oscureciera. Se entretenían viendo subir la marea, escabullendo el agua. Un par de veces se cruzaron con pescadores que iban a tender sus líneas. Alguno les hizo una seña. Siguieron. De pronto, tres hombres —tres sombras casi— fueron recortándose contra la arena de las dunas. Venían hacia acá. Les llamó la atención que los miraban muy fijo a medida que se aproximaban.

—Me dan miedo —alcanzó a decir ella.

—Han de ser pescadores —quiso calmarla su novio.

Ahora estaban apenas a unos pasos. Uno de los tres se separó hacia la izquierda, el otro a la derecha, y el tercero se acercó desde el frente. Venían inocultablemente hacia ellos.

—¿Qué...?

Fue la última palabra del novio antes de que el hombre de la izquierda sacara a relucir un cuchillo. Destelló en la penumbra. El que venía al medio les hizo seña de callarse: un dedo índice cruzando su boca. No había cómo huir. Miraron a ambos lados: no se divisaba a nadie. El del cuchillo fue a donde el novio, mostrándole la punta de su arma. Mudo. El de la derecha la cogió a ella de un brazo, mientras cabeceaba: sí, sí. Amarraron al novio. Lo amordazaron

con un pañuelo sucio y lo dejaron ahí botado, hecho un paquete, inmóvil, sin preocuparse de él.

Comenzaba a ser noche cuando la violaron.

Una vez, otra vez, otra vez.

No podía creer que era cierto.

Cuando por fin se fueron, ella permaneció un rato —nunca supo cuánto— echada ahí mismo, calándose con el aire frío que soplabla del mar. No tenía ganas de vivir. No le veía sentido a pararse, volver a... Reaccionó al escuchar la voz sordinada del novio. Seguía ahí: un fardo oscuro ovillado en el suelo. Se irguió con esfuerzo y fue hasta él. Le quitó la mordaza, desató las cuerdas. No se movía. Qui-so animarlo, dijo su nombre en voz cada vez más alta: inútil.

—¡Por Dios, contesta!

Inútil.

La luna asomó entre unas nubes y le mostró la sangre, densa ya, y quieta sobre la espalda de él. Alcanzó a creer que había muerto. No: respiraba. Tardó en reanimarlo. Le ayudó a incorporarse. La herida era pequeña, pero él lloraba de miedo y vergüenza. Volvieron juntos. Iban muy lentos, apoyándose uno contra el otro, como cuando caminaban abrazados por esta misma playa, en los días normales.

No hubo ya más de esos días.

El novio demoró en ir a verla. Habló débilmente de que nada había cambiado. Ella le contestó que todo. Que se sentía sucia. Que nunca iba a casarse. Notó que él la escuchaba sin demostrar gran contrariedad. ¿Quizá si sintiera alivio?

De esa tarde en la playa venía el chico tonto.

* * *

En cuanto el abuelo encontró un trabajo, se habían venido a vivir aquí. Nadie sabría de ellos en esta ciudad. Nadie tendría por qué fijarse especialmente en aquel anciano, su hija, el niño. A los pocos meses, el niño empezó a notarse raro. Había cierta fijeza opaca en su rostro: la misma expresión inexpresiva, pese a la sonrisa; la vista remota; la incapacidad de hablar, cada vez más manifiesta. Si algo le causaba temor, dolor, gemía como animalito. Sus manos parecían desprovistas de fuerza. Le costaba tomar los objetos. Crecía, crecía, y jamás dejó de escurrir por las comisuras de sus labios un hilo de baba.

Su madre creyó que se desarrollaba lento. Había casos. Un día, el abuelo decidió llevarlo al médico, y el médico dijo que no: se trataba de retardo mental, no de simple lentitud en el desarrollo. Sabiendo cuál iba a ser la respuesta:

—¿No tiene remedio? —preguntó la madre.

El doctor negó.

—Van a tener que...

Tuvieron que organizar sus vidas en torno a la ausencia presente del niño. No fue tan difícil en el primer tiempo. De hecho, los gestos externos apenas variaron. Le daban de comer igual que antes (aunque era distinto saberlo incapaz para siempre). Para siempre incapaz de vestirse, lavarse, jugar en la forma en que jugaban otros chicos de su misma edad. Ni había el consuelo de creer que cambiaría luego de unos meses, un año. Había, al revés, la certeza de hielo de que no cabía esperar ninguna mejora. O casi ninguna. Claro: aprendió a andar lentamente. Nunca consiguió moverse a paso normal. Sus pies tendían a arrastrarse, vacilaban sus piernas.

—¡Bien! —lo animaban.

En su cara opaca creían discernir un aire de sonrisa.

—¿Ves? Sonríe.

—¿Sonríe?

Nunca pudieron salir de la duda: su cara seguía inexpresiva. Muy, muy rara vez le sonreían los ojos.

Costaba llegar hasta él. Fueron ideando unas cuantas palabras que el niño adquiriría y se convertían en pequeños puentes entre ellos. Postre, Pepe (Pepe era un muñeco de felpa), agua, pipí... Tan poquito más. Había que descifrar el sentido. Ah significaba cosas muy diversas, según el momento. A lo podía ser helado, o cansado. Pasaba a ser fiesta el que él descubriera y usara cualquier término nuevo: ico, apa, guau...

Se entendía bien con los animales. Los gatos no lo rasguñaban ni lo mordían los perros. Y había una niña del barrio que se entretenía con él. «Es que es mi muñeco», decía. Venía a acompañarlo, jugaba a peinar su pelambre tiesa. Acomodaba su ropa, limpiaba sus uñas. No le daba asco sonarlo. Pedía permiso para que la acompañara a la plaza y partía con él de la mano, mostrándole objetos, árboles, gente.

—Mira las hojas: ahora es otoño.

—O-o.

Un día regresó risueña a la casa:

—Aprendió a decir flor.

Dudaba la madre. La niña:

—Dime: flor.

—Fo.

—¿Ve? ¿Ve que sabe? —aplaudía.

La mayor parte del tiempo, sin embargo, el chico pasaba en un extraño estado de encierro. Su sonrisa misma lo incomunicaba. ¿Cómo interpretarla? No siempre era sonrisa alegre. Algo se le apretaba a la madre cuando notaba que en ella había tristeza, igual que si hubiera caído una sombra sobre el rostro lejano de su hijo. Le traía un caramelo. Le compró un canario, y él, sin acercarse, se quedaba horas escuchando el trino o siguiéndole esos breves vuelos dentro de la jaula.

—Solo se distrae. No es que se entretenga.

La amiga del barrio se ofreció a llevarlo a la plaza todas las mañanas.

—Tengo vacaciones.

—Pero no te...

—Me gusta. Le enseño.

* * *

El día terrible, ella pasó a buscarlo como siempre, poco antes de las diez. Era verano. Hacía un sol fuerte aunque soplaba algo de brisa. Ya en la plaza, el chico tonto se detenía a mirar palomas.

—Vamos.

—Oma.

—Más allá hay otras. Vamos.

Se habían sentado en un escaño cuando aparecieron los niños que venían a jugar en medio de una gran algarabía. Eran cinco. Se arrebataban la palabra. Uno de los dos mayores quiso subirse a un árbol: no podía. El segundo le hizo burla:

—No puedes.

—¡No pue-ede, no pue-ede! —coreaban sus voces infantiles.

El segundo miró al escaño ahora:

—Hasta ese idiota te gana.

—Sí, claro —contestó con rabia y burla el mayor.

—¿Qué no te gana?

Sin que se dieran cuenta, ya estaba el desafío. Partieron a buscar al chico tonto. Su amiga se paró delante:

—¿Qué quieren?

—No es contigo.

Intentó detenerlos. Entre dos la sujetaron, amenazando golpearla si gritaba.

—Déjenlo.

—Al tiro lo dejamos.

El chico decía:

—No, no —cuando los otros lo tomaron de los brazos y lo llevaron junto al árbol.

—Ya, sube.

No podía, por supuesto. Entonces a uno se le ocurrió levantarle entre todos y auparlo hasta la más baja de las ramas. Una hilera larga de hormigas trepaba por el tronco. El chico se estremeció al verlas, pero ellos no le hicieron caso. Seguían empujando. Mientras más alto lo situaban, más inestable se sentía.

—¡Agárrate!

Después:

—¡Cuidado!

Había perdido el equilibrio. Se vino abajo entre las risas cristalinas del grupo. Las risas se helaron cuando el chico cayó, dio en el suelo y su cabeza golpeó con el borde de concreto que encerraba el árbol. Fue un sonido seco, igual que si hubiera caído un palo grande. Los pequeños quedaron inmóviles, en medio de un silencio duro. Miraban.

—No se mueve.

—¿Se habrá aturdido?

—¿Por qué no se agarró a la rama?

Sus custodios soltaron a la amiga, que corrió hasta él y se agachó a observarlo. Inmóvil. Un hilo de sangre comenzaba a salir cerca de su nuca. Respiraba, sí. No había muerto. Uno a uno, los niños fueron yéndose de su lado, de la plaza: huían. La amiga no supo qué hacer durante un buen rato. Desde la iglesia sonaron campanas dando la primera seña para la misa de doce. Esto pareció despertarla. Miró alrededor: nadie. Volvió a comprobar la respiración del chico y de pronto se paró y corrió hacia una esquina.

—Señora.

La mujer se detuvo.

—¿Qué pasa?

—Que se cayó un niño.

—Bah... —comenzó a decir.

—Está grave. Aturdido.

Corrieron juntas y al llegar hasta él vieron que seguía sin moverse.

—Respira —comprobó la mujer—. Hay que llamar a...
Tú quédate aquí.

La amiga se puso en cuclillas, le tocó la frente. Trató de limpiarle la sangre, muy suave, pasando por ella un pañuelo. Le limpió algo de polvo que había en su rostro. Sacudió las hormigas que trataban de subirse a él.

—No es nada —dijo, y trató de creerlo.